

La Lección de Pintura

Por María Carolina Geel

Desde el inicio de esta breve novela se transporta uno casi de inmediato a las lecturas de antaño, cuando de una pequeña o gran biblioteca se extraía un libro que allí parecía dormitar su aventura en el tiempo, bibliotecas cuyos contenidos eran las novelas del pasado siglo o comienzos del actual, vale decir traducciones u originales de literatura francesa que la historia denomina románticas o, sus opuestas, neoclásicas, y que algunos autores delimitan entre finales del siglo XVIII y comienzos del XX. Aunque en toda ordenación artística hay una dosis de sensibilidad personal —esa inevitable de que hablaba Jung—, no hay dudas de que ciertas evoluciones retóricas generales y el llamado “aire de época” dan cabida a las clasificaciones.

La *nouvelle* de Couve empieza como sigue:

“La ciudad de Llay-Llay se extingue poco a poco en una interminable avenida de palmeras que acompañan al viajero hasta el puente de la droguería, lugar donde comienza la carretera principal que conduce a San Felipe. (...) Un sendero tortuoso desciende bordeando el estero hasta un poblado que se considera, a pesar de su lejanía, como parte de la ciudad que acabamos de dejar. Situación esta que incide en su nombre, ya que el lugareño, al referirse a él, se limita a llamarle simplemente ‘barrio’ de Morandé”.

La historia que aquí se relata es tranquila, delicada, con algún dejo de Francis Jammes, y revela, una vez más, el caso de Adolfo Couve como escritor único en su manera entre nosotros. Añadiríamos que esa vigilancia sobre el decir acendrado (tomamos la ocasión para observar el barbarismo que cometen personas cultas al usar esta voz como sinónimo de intenso, siendo en reali-

dad su significado “puro, sin mancha”)... Excusada la digresión, decimos que el esmero en la claridad y eurritmia de su expresión por este autor hace pensar en el más perfecto de los escritores ingleses, según algunos: Henry James.

En una plazoleta de aquel barrio de Morandé se encuentra una basa de cemento sobre la que se eleva “una cruz vacía ya que de la imagen de Cristo sólo quedan adheridas al madero la pequeña inscripción y la corona de espinas”, descripción que habla de ese desolado abandono en que quedan los conatos de monumentos en los poblados, que dos o tres ilusos se empeñaron en levantar. Frente a este lugar está la única casa aislada, en la cual habita una llamada viuda Medrano y su hijo. Esta seudo viuda había sido “víctima en su primera juventud de una pasión arrobadora”, que la llevaba hasta excusar a su amado del consabido abandono. Y no obstante el aludido sereno lenguaje del autor, es precisamente a través de éste que se percibe el arroyo y la voluntad de la mujer para huir de su cama de parturienta en una clínica, con el hijo en brazos, y llegar hasta la desamparada casa. Con el tiempo y con ayuda de un luto riguroso, ante el poblado se transformó “de madre soltera en viuda respetable”.

Hasta aquí, a grandes rasgos, el comienzo.

Las exposiciones principales del libro se refieren a un muy curioso personaje, el farmacéutico Carlos Aguiar, quien a su renombre profesional unía un igualmente curioso conocimiento de las artes plásticas, muy particularmente la pintura, y dentro de ésta su más constante referencia era la escuela impresionista, de la que ofrecía a sus oyentes, en unas reuniones que se realizaban en el mismo local de la farmacia, variadas anécdotas

a fin de alivianar los discursos eruditos en los cuales, contra lo que pudiera creerse, demostraba ser bastante versado.

Pero anotemos un punto. El caso de este farmacéutico y sus tertulias, siendo bastante poco común, está “elaborado” por el autor con elementos literarios tan justos que, no obstante su mínima importancia en un escenario de aldea entre gentes de cultura menos que mediana, hacen de tales tertulias un cuadro tan impresionista como los ideales del propio anfitrión... a través de elementos clásicos.

Veamos el retrato físico del simpático personaje: “Era Carlos un hombre robusto, de poco pelo y nada de cuello, pareciendo la cabeza directamente atornillada a los hombros (...) Las piernas cortas y de fornidas pantorrillas revelaban su volumen al cubrir de pliegues los pantalones...”

Ahora bien, en nuestra opinión este don Carlos supera como creación animada de personajes al niño Augusto, hijo de la viuda, y que es el que recibe la lección de pintura. Es niño prodigio, sin duda, y si bien aparece definido, tiene menos imantación que aquél. La adultez que muestra en ciertas actuaciones (confesamos: personalmente, el niño precoz no nos atrae) le resta cualidades de personaje natural. Con todo, sostiene bien el eje de la historia, y, en todo caso, damos por muy fieles las descripciones que del niño pintor hace Couve, habida cuenta de sus propias experiencias. Transcribimos a continuación un párrafo sobre ellas:

“Augusto prefería trabajar fuera del alcance de Aguiar y así solía encontrarse en los modestos boliches de su barrio, rodeado de campesinos, dibujando en un

grasiento papel de envolver que apoyaba sobre la tapa de un barril (...). Sin interrupción iba retratando a los parroquianos que se le ponían enfrente (...). La quietud de la tarde, la intensidad que confiere a los ambientes la pobreza tan justa ordenadora y coleccionista de objetos adecuados, eran un deleite para el artista (...). Presentía qué en lugares asépticos como el interior de la droguería era imposible encontrar sombras sugerentes, colores profundos...”

Por otra parte, la profesora que da lecciones al muchacho es un ser mitad grotesco, mitad conmovedor.

Pero el autor vira de pronto hacia otros parajes sociales, donde el desarrollo de su tema prosigue fluyente, no obstante el cambio.

Descubrimos que el muy estimable farmacéutico tiene en Viña del Mar unos parientes aristócratas, aunque en decadencia. Son dos hermanos, una mujer, ciega, y un solterón, ambos ya un tanto provecitos. Viven en una casa que fue mansión elegante, hoy polvorienta, encerrada, obscura. El hermano, de nombre Arnaldo de Moraes, es motivo de un retrato que puede calificarse de magnífico dentro de las cortas páginas que el autor le dedica. Cuanto a su físico, espigamos un poco: “Magro, enfundado, a pesar de la estación, en un abrigo negro, equilibraba sobre las enormes orejas el sombrero (...) entre la mano enguantada que tomaba el asa y la manga del abrigo quedó una muñeca larga y flaca...” Típico solterón de abolengos perdidos que sin embargo continúa acariciando, posee gestos altaneros algo caducos y colecciones de objetos raros. Podría añadirse que él se ama...

Ha hecho usted, Adolfo Couve, como pintor de talento que es, dos relevantes retratos.